

Las ganas de vivir de James Salter

Quemar los días

James Salter
Traducción de Isabel Ferrer Marrades
Salamandra. Barcelona, 2009
448 páginas. 18,90 euros

Por **Alberto Manguel**

MEMORIAS. TODA BIOGRAFÍA (o autobiografía) miente, o al menos elige qué contar de una cierta verdad. La cuestión es saber por qué. Mirarse en el espejo, examinarse para definirse, aceptar o no la identidad con la que nuestros congéneres nos han cargado son acciones que responden siempre a un determinado propósito. La oruga que, en el País de las Maravillas, le pregunta a Alicia:

través del entusiasmo de uno o dos amigos. La segunda, por medio de tímidos amagos y estudiadas estrategias que tienen poco de los románticos arrebatos de sus contemporáneos europeos o suramericanos y mucho del futuro entrenamiento en el ejército de los Estados Unidos.

Es como soldado que Salter pasa la primera mitad de su vida. Para complacer a su padre, se inscribe a la academia militar de West Point y sirve durante la guerra de Corea como piloto, donde descubre que los valores que admira son individuales y no nacionales. A la Fuerza Aérea americana, dice, le cedió su corazón, y es a sus compañeros de batalla que Salter decidirá consagrar su imaginación y su inteligencia, convirtiéndolos en memorables personajes literarios. Para

cumplir esa vocación, se hace escritor. “*Yo os amé*”, dice, citando a Byron. “*Era como si fuese hijo vuestro...*”. Y agrega, definiendo su propia ética: “Los poetas, los escritores, los sabios y las voces de su tiempo, forman un coro, el himno que comparten es el mismo: los grandes y los pequeños se unen, lo hermoso vive, lo demás muere, y todo es absurdo excepto el honor, el amor y lo poco que el corazón conoce”.

Así comienza la segunda parte de su vida. No sólo cuentos y novelas, sino también guiones de cine le procuran fama y amistades célebres, como también amores intensos e internacionales. Se hace amigo de Robert Redford, de Nabokov, de Roman Polanski, de John Huston, de Irwin Shaw. A esas relaciones artísticas, Salter autor añade las eróticas de Salter protagonista, tanto en su Nueva York natal como en un decorado europeo. Roma y París son sus dos ciudades favoritas,

vistas a través de ojos americanos. Esto es la Europa de Hemingway y Tennessee Williams, en la que todo es exótico, tentador, al borde de lo incomprensible, de manera que la ética americana puede permitirse excesos que serían inadmisibles en su propia tierra.

Todo está contado en frases cortas, precisas, con pocos adverbios y menos adjetivos, como si el informe de su vida requiriese un tono oficial, impersonal que la traducción de Isabel Ferrer Marrades respeta perfectamente. Esto permite a Salter irrumpir de vez en cuando con una imagen o una idea apasionadamente sentimental, que sorprende en esa prosa lisa, severa. A veces, Salter autor nos recuerda que, fijas para siempre en el pasado, las escenas que describe están aún allí, incólumes, inmemoriales. Es él, el narrador, quien cambia, envejece, se acerca a la muerte, mientras que el otro, el recordado, sigue teniendo seis, doce, veinte, treinta años. Entonces creemos adivinar el propósito de esta larga respuesta a la pregunta de la oruga: quemando los días, renace de las ascuas el recuerdo incandescente que alimenta la última frase del libro y resume al personaje: “Un gran deseo de seguir viviendo”.



Seguiremos informando

Varios autores
Prólogo y coordinación de Aurelio Martín
Los Libros de la Catarata. Madrid, 2010
340 páginas. 20 euros

COMUNICACIÓN. EN EL QUE FUE uno de sus últimos textos, el escrito para la antología *Seguiremos informando*, Pedro Altares se preguntaba: “¿Los corresponsales y enviados especiales son una especie en extinción?”. Aludía a la tendencia a sustituir el siempre costoso envío de un periodista al lugar de los hechos por el copiar y pegar realizado por un mileurista amarrado durante horas a un ordenador conectado a Internet. No tengo respuesta a ese interrogante, tan sólo puedo afirmar que la España democrática ha contado con decenas de fantásticos corresponsales y enviados especiales y que algunos de ellos, los 25 premiados con el Cirilo Rodríguez, están presentes en *Seguiremos informando*. En este libro son todos los que están, aunque no estén todos los que son... o fueron. El periodismo español ha pagado un elevado precio de sangre por su intensa presencia en los escenarios internacionales más calientes de las tres últimas décadas. Recuérdese a los hermanos caídos: Juantxu Rodríguez, Miguel Gil, Julio Fuentes, Julio Anguita Parrado, José Couso, Ricardo Ortega... Ellos, y los que sobrevivieron, abrieron nuestros balcones y ventanas al mundo. Lo hicieron en la estela de la “tribu” de los últimos sesenta y primeros setenta, la de los Manu Leguineche, Julio Camarero, Vicente Talón, Cirilo Rodríguez, Jesús Hermida, Enrique Meneses, Vicente Romero, Miguel de la Cuadra, Felipe Sahagún... En los ochenta y noventa, la libertad, el desarrollo económico y el compromiso de algunas empresas periodísticas con la información internacional de calidad y de primera mano ampliaron la “tribu”. “Cada generación”, escribe en este libro Guillermo Altares, “ha tenido su guerra, o sus guerras. Está la generación de Vietnam, la de Beirut, la de los conflictos balcánicos, la que vio sus primeros bombazos siguiendo el rastro de destrucción que siguió al 11-S...”. Y todas ellas, cabe añadir, se han empeñado en arrimarse al peligro, hablar con cuantos protagonistas pudieran, contar las cosas lo antes y lo mejor posible y dar la voz a las víctimas. Porque aunque a veces resulte difícil identificar a los culpables de una guerra, una catástrofe o una hambruna, siempre es facilísimo identificar a las víctimas. Y éstas piden que el mundo sepa. Por ejemplo, leamos a Juan Cierco: “Confieso que he oído llorar a un niño palestino, musulmán, por ver a su padre, médico respetado en Ramala, educado en Zaragoza, casado con una española de Teruel, de rodillas, en calzoncillos, en mitad de ningún sitio, apuntado por el fusil de un recluta israelí de 18 años de edad que encuentra entretenido humillar a un ser humano delante de los suyos porque no tiene nada mejor que hacer a las siete y diez de la tarde”. Como Pedro Altares, Aurelio Martín adopta un aire crepuscular en su aportación a esta obra. “Parece que nos precipitamos al deterioro y al final del reporterismo”, escribe. Es posible. Entretanto, *Seguiremos informando* recoge un puñado de incursiones de periodistas españoles en territorio comanche: el Saigón de Leguineche, la Lisboa de la revolución de los claveles de Diego Carcedo, el Kuwait de Juanje Aznárez, el Tiananmen de José Luis Márquez, La Habana de Román Orozco, el Moscú de Pilar Bonet, el Kabul de Fran Sevilla, el Níger de Ramón Lobo, el Beirut de pólvora y jazmín de Tomás Alcove-ro, la Hiroshima de Rosa María Calaf, la Nicaragua de Joaquim Ibarz... ¿Quién dijo que todo el periodismo de la España democrática se ha consagrado a las declaraciones politiqueras locales? **Javier Valenzuela**

Contrarrevolución o resistencia.
La teoría política de Carl Schmitt
Carmelo Jiménez Segado
Tecnos, Madrid, 2009
320 páginas. 17 euros

CIENCIA POLÍTICA. AL LADO DE Ernst Jünger y de Leni Riefenstahl, Carl Schmitt cierra el trío de personajes que aportan un toque de grandeza a la barbarie nazi. Como Jünger, la vinculación al régimen de Hitler no significa adhesión en todo y por todo, pero sí en su caso un claro compromiso que ha ocupado en exceso a muchos comentaristas. Lo esencial es cómo el jurista católico aborda la crisis revolucionaria sucesiva al fin de la Gran Guerra: una situación apocalíptica que no admite las soluciones tradicionales de la derecha y que requiere un nuevo uso de los fundamentos religiosos del orden. San Pablo proporcionará el concepto, el *katéjón*, aquel que impone el freno a la amenaza del Anticristo. La noción central de su pensamiento será la del “enemigo”. Pero como Jiménez Segado explica en su libro, el valor de Schmitt surge de su capacidad para elaborar un nuevo planteamiento jurídico acorde con la exigencia de la contrarrevolución. En su presentación del libro, Francisco Rubio Llorente destacó la excepcional lucidez que caracteriza recurrentemente a esa elaboración. Añadió también que a su juicio Jiménez Segado es el autor español que mejor ha leído y entendido a Carl Schmitt, tan influyente entre nosotros. **Antonio Elorza**



En el laberinto de la inteligencia. Guía para idiotas

Hans Magnus Enzensberger
Traducción de Francesc Rovira
Anagrama. Barcelona, 2009
78 páginas. 10 euros

ENSAYO. ESTE BREVE ensayo, que se lee de un tirón porque está escrito con inteligente amenidad y sobrada soltura estilística —bien vertidas por el traductor—, versa sobre los fracasados intentos de definir, medir y catalogar algo tan etéreo como es la inteligencia humana. Enzensberger (Baviera, 1929) defiende lo que ya sabe el sentido común y que nuestro lenguaje (el de cualquier región del planeta) expresa con certeza, que la inteligencia es inmensurable, polifacética, flexible, emocional, natural o incluso rara; que a veces se aguza y aumenta con la edad y, asimismo, que otras veces también con la edad puede disminuir. La soberbia de quien se cree muy dotado de ella es su más traidora compañera, mientras que la humildad suele ser su mejor nodriza. En síntesis, que la inteligencia posee tantos grados como la tierra latitudes; es cierto que tiene sus más y sus menos, de ahí que se hable de “melones” y “zopencos” o de personas listas y cabales. En estas cuestiones, el instinto acierta más que la ciencia. Arropándose con un poco de historia, el autor arremete en definitiva contra la absurda arrogancia que confiere un elevado cociente de inteligencia (CI), de ahí el subtítulo de ‘Guía para idiotas’. Enzensberger se deja mucho en el tintero y podría haberse playado más; sin embargo, su breve tratado tiene el efecto de plantear preguntas (que es la marca de los buenos filósofos) como “¿será posible que no sepamos qué es la inteligencia nosotros, que nos creemos tan inteligentes?”; y nos alerta para cuando oigamos elogiar la inteligencia de alguien en virtud de su elevado CI. La experiencia nos va enseñando que eso no es lo determinante; bastaría con preguntarle: ¿cómo vives?, ¿tienes amigos? ¿haces feliz a mucha gente? Cuestiones más demoledoras que las de cualquier intrincado test psicométrico. **Luis Fernando Moreno Claros**